

y acatamiento que les deben cuanto en ellos hay.... Y no se ha de hacer poco fundamento de los alaridos y gemidos que entre toda la gente pobre habria sobre esto: y pues estos tales no pueden suplicar á S. M. nada sobre esto, nosotros que podemos verle y hablarle es muy gran razon que supliquemos por el remedio de semejantes cosas, que nos hizo Dios principales personas en el reino, que no vivimos para que fuésemos solos nosotros, sino para que con toda humildad y acatamiento suplicásemos á S. M. lo que toca á la gente pobre como á su rey y señor natural....»

Dijo además en su razonamiento, que si el emperador solia guardar las leyes y costumbres de otros sus reinos y señoríos, no hallaba razon para que no respetara y guardara mucho mas las costumbres y libertades de los castellanos, que le habian servido con mas lealtad que nadie. Declamó contra los perjuicios que la sisa haria á los vasallos de todas las clases, y expuso que con respecto á la nobleza, seria una deshonra para ellos y sus descendientes consentir en hacerse pecheros; que si S. M. ofrecia que el impuesto seria temporal, no estaba seguro de que sus sucesores, ó acaso él mismo no quisieran perpetuarle. «Y por todas estas razones (concluia), y otras muchas que se podrian dar, digo que se suplique á S. M. mil veces, si tantas lo mandare, que no haya sisa. Y que yo no la otorgo ni soy en otorgalla, y que fuera de sisa á mí parecer será muy bien que se busquen todos los otros medios que fueren posibles para que S. M. sea servido.... Los cuales tengo por cierto que se hubieran hallado si nos hubiéramos comunicado con los procuradores. Y que asimismo se suplique á S. M. que trabaje de tener paz universal con todos por algun tiempo. Que aunque la guerra de infieles sea tan justa, muchas veces se tiene paz con ellos, como la tuvieron reyes de Castilla.... y que su real persona resida en estos reinos; y que modere los gastos que tuviese demasiados con los que tuvieron los Reyes Católicos; que no aprovecharia algun servicio que á S. M. se hiciese, si no hace lo que es dicho, antes serian muy mayores cada dia sus necesidades; que por el camino que vino á tenellas se han de ir desechando á mí parecer.»

El que con esta entereza y energia hablaba era el condestable de Castilla, el adversario mas terrible que habian tenido las comunidades, y el que mas trabajó por la destruccion de la causa popular y por la derrota de los comuneros. Ahora conocia que auxiliando desmedidamente á Carlos en 1520 para la opresion de las ciudades, le habia colocado en posicion de aspirar á deprimir la nobleza en 1538. Ahora invocaba el apoyo del estado llano contra las pretensiones del poder, y el poder no le permitia ni siquiera comunicarse con los procuradores. Y ahora que la corona atentaba á los privilegios de la nobleza, la nobleza se sublevaba enérgicamente, pidiendo casi lo mismo que entonces habian pedido con mas justicia y necesidad el pueblo y las ciudades.

Siete horas duró aquella sesion. Todos los magnates se adherieron al parecer del condestable, y redactaron una propuesta pidiendo al rey que no se hablara mas de la sisa; y que para arbitrar otros medios se comunicaran con ellos los procuradores. Además le presentaron otro escrito, de letra del conde de Ureña, pidiéndole que suspendiera las guerras que traia y que residiera en el reino; que solo así se moderarian los gastos que aquellas ocasionaban, la salida que producian de tan inmensas sumas de dinero, y las vejaciones y agravios que todas las clases sufrían; y que de otra manera todos los brazos ó estamentos del reino, pues que á todos competia, acordarian de comun consentimiento el remedio que mas conviniera para desempeñar su patrimonio y cubrir sus deudas. Léjos de desistir por esto el monarca, contestó á su nombre el cardenal de Toledo presentando al estamento otro papel recomendando despachasen brevemente lo de la sisa. Otra comision de diez individuos de la nobleza fué encargada de responder al escrito imperial (28 de diciembre, 1538), y lo hizo insistiendo en los mismos capitulos y condiciones que la anterior, mereciendo su dictamen la aprobacion general del estamento, á excepcion del duque del Infantado, del de Alba y algunos otros.

Finalmente, despues de muchas contestaciones, el 1.º de febrero (1539) entró el cardenal de Toledo don Juan Tabera en

el salon de la asamblea, é intimó á los próceres que S. M. imperial declaraba disueltas las córtes: «pues viendo lo que se ha hecho (dijo), le parece que no hay para qué detener aquí á vuestras señorías, sino que cada uno se vaya á su casa, ó á donde por bien tuviese (1).» Acabada la plática, preguntó el cardenal á los ministros que habian ido con él si se le habia olvidado algo, y respondieron que no. Entonces el condestable y el duque de Nájera añadieron: «Vuestra señoría lo ha dicho tan bien, que no se le ha olvidado cosa alguna.» Levantóse la sesion, y se dieron las córtes por disueltas.

Desde esta fecha no volvieron á ser llamados á córtes los grandes señores y caballeros, bajo el pretexto de que al tratarse de los impuestos y tributos públicos no podian votar en la materia los que estaban exentos de pagar las gabelas.

Excusado es decir lo enojado que quedaria el emperador de la firme y obstinada negativa de los próceres castellanos. Cuéntase que entre él y el condestable se cruzaron palabras duras y desabridas, especialmente por parte del monarca, y que no queriendo dejar de responderle el condestable con firmeza, aunque con cortesía, llegó el emperador en su enojo á amenazarle con que le arrojaría por la galería donde platicaban, á lo cual dicen replicó sin alterarse el magnate castellano: *Mirarlo ha mejor Vuestra Majestad, que si bien soy pequeño, peso mucho* (2).

Tuvo pues el emperador, para ver de recabar del reino algun subsidio, que dirigir cartas á las ciudades como en súplica, exponiendo á cada una la necesidad y urgencia que de él tenia, apelando á su lealtad, y aun á algunas conminándolas con su desabrimiento y enojo (3). «Todos estos disgustos, dice el historiador prelado, recibía el emperador; y sus vasallos no se los daban por mala voluntad que tuviesen, sino porque los gastos eran grandes y el reino estaba demasadamente cargado; que los tesoros que las guerras consumian, y el sustento del imperio de Carlos, y de sus Estados y reinos, casi los pagaba Castilla.»

Faltábale todavía á Carlos V oír verdades aun mas amargas que las que habia escuchado, y no ya de boca de ningun magnate ó de algun personaje político á quien pudiera atribuirse un fin interesado, sino de boca de un hombre rústico, y tanto mas fuertes cuanto que eran la expresion ingenua de la fama pública y del convencimiento propio, emitida con candidez y sin intencion.

Sucedió, pues, que disueltas las córtes de Toledo, vino el emperador á Madrid, y de aquí al Pardo á distraer el mal humor con el ejercicio de la montería; y habiéndose apartado de su comitiva por perseguir á un venado, vino á matarle sobre el camino real, á tiempo que pasaba un labriego que llevaba una carga de leña sobre su asno. Invítóle el emperador á que llevara el venado á la villa, ofreciendo pagarle mas de lo que la leña valiera. El rústico, sin sospechar con quién hablaba, le dijo con cierto donaire: «¿No veis, señor, que el ciervo pesa mas que la leña y el jumento juntos? Mejor hicierais vos, que sois mozo y recio, en cargar con él.» Gustóle al emperador el aire desenvuelto del rústico, y mientras llegaba quien pudiera llevar la pieza, entretúvose en hacerle algunas preguntas: preguntóle entre otras cosas qué edad tenia, y cuántos reyes habia conocido. —«Soy muy viejo, señor, contestó el labriego; he conocido ya cinco reyes. Conoció al rey don Juan el segundo siendo ya mozueto de barba, á su hijo don Enrique, al rey don Fernando, al rey don Felipe y á este Carlos que agora tenemos. —Y decidme por vuestra vida, le preguntó el monarca; de esos ¿cuál fué el mejor, y cuál el mas ruin? —Del mejor, respondió el anciano, por Dios que hay poca duda: el rey don Fernando fué el mejor que ha habido en España, que con razon le llamaron el Católico. De quién es el mas ruin, no digo mas sino que por mi fe harlo ruin es este que tenemos, y harlo inquietos nos trae, y él lo anda, yéndose unas veces á Ita-

(1) Cuadernos de córtes de Castilla.—Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. XXIV.

(2) El obispo Sandoval, que refiere este caso, dice haberlo oido á quien le crió que se halló en aquellas córtes. Lib. XXIV, núm. 8.

(3) Carta del emperador á Pedro de Mologosa, regidor de Burgos: en Toledo, á 7 de febrero de 1539.

lia, otras á Alemania y otras á Flandes, dejando su mujer é hijos, y llevando todo el dinero de España: y con llevar lo que montan sus rentas, y los grandes tesoros que le vienen de las Indias, que bastarian para conquistar mil mundos, no se contenta, sino que echa nuevos pechos y tributos á los pobres labradores, que los tiene destruidos. Pluguiera á Dios se contentara con solo ser rey de España, que aun fuera el rey mas poderoso del mundo.»

Viendo Carlos que no era rudo el labriego, y no insensible á la impresion que la verdad así sencillamente enunciada produce, díjole que el emperador era hombre que amaba mucho su mujer é hijos, y que no los dejaria ni saldria de España, si no le obligara la necesidad de sostener tantas guerras contra los enemigos de la cristiandad y aun del reino español, que eran las que causaban tantos gastos, que no bastaban para ellos las rentas ordinarias de la corona ni los pechos con que le servian los pueblos. En esto llegaron varios cazadores y criados de la régia comitiva, y como observase el rústico el grande acatamiento que todos hacian á su interlocutor, entró en sospechas de quién podria ser y le dijo: *¿Aun si fuédeses vos el rey?... Por Dios que si lo supiera, muchas mas cosas os diria.* Cuentan que Carlos, que no negando ya la calidad de su persona, dijo sonriéndose al labrador que le agradecia sus avisos, pero que no olvidara las razones con que habia respondido á sus cargos: y que concedidas algunas mercedes que le mandó pedir, y en que el humilde leñador anduvo bastante corto, prosiguió su ejercicio de caza (1).

La anécdota no es inverosímil, ni puede parecer extraña al que conozca el carácter de los labriegos y gente del campo de Castilla. Las palabras del rústico no eran otra cosa que el eco de la opinion general del reino, formada por lo que á gente mas entendida oyerá, y por el propio instinto popular, que en estas materias pocas veces va descaminado; y aquellas palabras debieron hacer mas efecto al emperador que las razones y discursos con que hubiera sido censurada su política en las córtes.

Durante esta su corta permanencia en España tuvo la desgracia y la pesadumbre de perder la emperatriz, que murió en Toledo de parto (1.º de mayo, 1539), á poco de haber dado á luz un niño tambien sin vida. La muerte de esta excelente señora fué muy sentida y llorada en todo el reino, porque á su notable hermosura reunia las mas bellas prendas del alma, y adornábanla grandes y muy excelsas virtudes. Contaba entonces treinta y ocho años de edad, uno menos que su marido. Hicieronse suntuosísimas exequias, y fué llevada á enterrar á la real capilla de Granada, con numerosa y brillante procesion de prelados, clérigos, grandes, títulos y caballeros. Hasta el rey Francisco I de Francia le hizo unas solemnísimas honras fúnebres (2).

CAPITULO XXII

Liga contra el turco.—Motin y castigo de Gante

DE 1539 Á 1540

Compromisos y consecuencias para España de la liga contra el turco.—Discordias entre los almirantes español y veneciano.—Conflicto de españoles en Castelnuovo.—Su heroísmo y su trágico fin.—Triunfo funesto de Barbaroja.—Alzamiento y revolucion en Gante y sus causas.—Perplejidad del emperador.—Determina ir por Francia.—Caballeroso y cordial recibimiento que le hizo el rey Francisco.—Festejos que le hacen en Paris.—Disimulado y falso proceder de Carlos.—Marcha á Flandes.—Sofoca la rebelion de Gante.—Medidas y castigos crueles.—Desembózase con el rey de Francia, y le niega abiertamente la cesion de Milan.—Justo enojo del francés.—Vaticinanse nuevos rompimientos.—Demandas de los protestantes de Alemania, y respuesta del emperador.

Quando el condestable de Castilla, con acento elocuente y varonil, eco de la opinion de la grandeza castellana, aconse-

(1) Refiere esta anécdota el obispo Sandoval en el lib. XXIV, número 10 de su Hist. de Carlos V.

(2) La emperatriz doña Isabel era hija de los reyes de Portugal don Manuel y doña María, hija esta de los Reyes Católicos. No se logró de

jaba á Carlos V en las córtes de Toledo que suspendiera las guerras que consumian y empeñaban las rentas de la corona y empobrecian el pueblo; y cuando el humilde leñador del Pardo con rústica sencillez, eco de la opinion popular, manifestaba al emperador, sin conocerle, que tantas guerras y tantos viajes y gastos eran la ruina de los pobres labradores y la perdicion de España, entonces mismo traia el emperador empeñada una guerra terrible y dispendiosa allá en los mares y costas de Italia.

La liga del pontifice, Venecia, el imperio y otros Estados y principes cristianos contra el turco, le obligaba á mantener en pié de guerra multitud de naves y muchedumbre de soldados. El general del ejército confederado era su virey de Sicilia don Fernando de Gonzaga; el gran almirante y jefe de la armada de la liga era el ilustre genovés Andrea Doria, ambos súbditos del emperador. Barbaroja con ciento treinta galeras turcas se habia echado sobre Candia y otras plazas, y una operacion naval en que la fortuna no favoreció al príncipe Doria habia envalentonado al terrible general de la armada mahometana, y producido desavenencias entre los jefes de las flotas española y veneciana, Andrea Doria y Vicente Capelo, echando este sobre aquel la culpa del mal suceso. Reconciliados despues por mediacion de Gonzaga, acordaron tomar á los infieles la plaza fuerte de Castelnuovo, y combatiéndola españoles y venecianos por mar y por tierra, la rindieron al tercero dia, haciendo mil seiscientos cautivos, y poniendo para su presidio tres mil hombres, españoles todos, al mando del valeroso capitán Franciscó Sarmiento, no sin contradiccion y desagrado del de Venecia, que con tal motivo volvió á enojarse, desarmó las galeras, despidió la gente y vino á quedar deshecha la liga.

Habia intentado Barbaroja acudir al socorro de Castelnuovo, mas impidióselo una tormenta, en la cual perdió una gran parte de sus naves. La pérdida de Castelnuovo hirió de tal manera el orgullo del sultan que juró vengarla en venecianos y españoles, combatiendo á aquellos en la Morea, y á estos en la plaza cuya pérdida tanto le habia irritado. Rehizo, pues, la armada de Barbaroja, dióle además diez mil turcos y cuatro mil genizaros, y llegada la primavera (1539) le envió á atacar por mar á Castelnuovo, en tanto que por tierra marchaba al mismo punto el gobernador de Bosnia, Ullamen, que era un tráfuga persiano, con treinta mil infantes, gran golpe de caballería y multitud de gente irregular y allegadiza. Acudió Juanetin Doria con veinte galeras á llevar provisiones á Castelnuovo, pero volvióse luego, temeroso de que llegase la armada de Barbaroja, á quien no podia resistir con tan desiguales fuerzas. Llegaron, en efecto, algunos dias despues Barbaroja y Ullamen con la armada y ejército (18 de julio), ambos con igual gana de escarmentar á los españoles encerrados en Castelnuovo. Los primeros combates les hicieron ya ver que las habian con gente denodada y que no se asustaba por el número de los enemigos. Prodigios de esfuerzo y de valor hicieron los cercados con ser tan pocos; y en los ataques y escaramuzas que cada dia sostenian con los infieles, hubo ocasion de matar mil genizaros de aquellos que decian con arrogancia: *Un español basta para dos turcos, pero un genizaro basta para dos españoles.*

La repeticion de hechos heroicos como este traia de tal manera desesperado á Barbaroja, que mandó que no se gastara mas tiempo en escaramuzas, y dió orden para que se atacara formalmente y sin descanso la plaza con toda la artillería de las naves y del ejército de tierra. Cinco dias con sus noches estuvieron batiendo el castillo hasta no dejar piedra sobre piedra, y como habia acudido allí la principal fuerza de los sitiados y le habian ganado y perdido tres veces, murieron mas de mil españoles, quedándose asombrados los turcos de la resistencia que tan pocos hombres habian puesto en un pobre castillejo á los innumerables tiros de sus cañones. Arrasada la fortaleza, dirigieron sus tiros á las murallas de la plaza, que demolieron mas fácilmente, dejando aquella tan abierta como si nunca hubiera estado cercada. El valeroso Franciscó

ella mas sucesion varonil que el príncipe don Felipe, de edad entonces de doce años. Dejaba además la infanta doña María, que fué mujer del emperador Maximiliano, y doña Juana, que fué reina de Portugal.

Sarmiento, mortalmente herido, andaba todavía á caballo por entre los cadáveres de los suyos, alentando á los pocos que quedaban á hacer el postrer esfuerzo. Era ya inútil, y además imposible prolongar la defensa. Entraron, pues, los turcos en Castelnuovo (7 de agosto, 1539) sobre escombros y cadáveres de españoles, puesto que solo quedaban con vida ochocientas personas entre hombres y mujeres, de las cuales unas fueron martirizadas, otras destinadas á los remos, y otras guardadas para presentarlas en Constantinopla como trofeo del triunfo, si triunfo podía llamarse la conquista de una plaza defendida por tres mil hombres, á costa de la muerte de casi todos los genizaros y de diez y seis mil turcos. Barbaroja ofrecía la libertad y una gran suma de dinero al que le presentara la cabeza de Francisco Sarmiento, pero no se halló, ó no se pudo reconocer entre tantos cadáveres (1).

Este fué por entonces el fruto de la liga, y así se derramaba la sangre española en extrañas tierras, á los pocos meses de haber suplicado á Carlos V las córtés de Castilla que suspendiera las guerras y procurara la paz universal.

Mas no era esto solo por desgracia. Cuando esto acontecía, ya el emperador, á quien se había rogado que permaneciera en España como remedio para curar los males que sus continuas ausencias producían, se preparaba á abandonar otra vez el reino para acudir á los Países-Bajos á sofocar el levantamiento de Gante, su ciudad natal. La sublevación de los ganteses traía su origen de la invasión de Francia, hecha por Carlos V en 1537 de concierto con sus hermanos don Fernando y doña María. Esta última, gobernadora de Flandes, obtuvo de los Estados de las Provincias Unidas para los gastos de aquella guerra un fuerte subsidio, cuyo contingente se negó á pagar la rica ciudad de Gante, fundada en un privilegio que tenía, por el cual no podía imponerse tributo alguno sin su expreso consentimiento. En vano la gobernadora alegaba haber sido votado por los Estados de Flandes, de que eran también miembros representantes los ganteses. Decididos estos á no renunciar á un privilegio que tanto estimaban, y que habían defendido con éxito contra sus mismos soberanos, no cedieron ni á los suaves ruegos ni á las severas medidas de la reina regente, y lograron interesar á las demás ciudades flamencas á fin de conseguir de doña María que suspendiera la percepción del impuesto hasta tanto que enviaran comisionados á España á presentar á Carlos sus títulos de inmunidad. El emperador les contestó altivamente que obedecieran á su hermana como si fuese él mismo; y que si en algo se sentían agraviados, acudiesen al consejo ó tribunal superior de Malinas (1538), cuyo fallo les fué también desfavorable.

Irritados con esto los ganteses, tomaron las armas, se alzaron en rebelión abierta, se apoderaron de los fuertes de la ciudad, prendieron á los oficiales reales, nombraron su consejo de gobierno, y conociendo que para poder sostenerse necesitaban un protector, despacharon secretamente emisarios al rey de Francia, ofreciendo reconocerle por soberano y ayudarle á recobrar el condado de Flandes, que en otro tiempo había pertenecido á la corona de Francia. Por mas que halagara al rey Francisco tan inesperada y lisonjera proposición, y por mas ventajosa que se le representara la fácil posesión de un condado de mas valer que el de Milan que tan afanosamente había ambicionado, el monarca francés, amigo entonces del emperador, y dado á los golpes caballerescos, no solo rechazó la propuesta de los ganteses, sino que llevando al extremo su galantería ó su interés en conservar la amistad de Carlos, le avisó de lo que pasaba en Gante, y aun le envió originales las cartas de invitación que había recibido (1539). Carlos, que conocía bien el carácter de sus compatriotas, su amor á la libertad, su apego á las inmunidades de que gozaban, su genio tardío en resolverse, pero firme, perseverante, inflexible una vez tomada una resolución, comprendió la necesidad de obrar con energía y con celeridad para ahogar tan imponente movimiento. Desde luego pensó en trasladarse personalmente á los Países-Bajos, y á ello le instaba también

(1) Sandoval, lib. XXIV, núm. 12.—El Dr. Diego José Dormer pone una larga lista nominal de los capitanes y oficiales españoles que murieron en Castelnuovo. Anales de Aragón, cap. 88.

la princesa su hermana; pero el paso por Italia y Alemania era mas lento de lo que la urgencia del caso permitía, y para ir por mar necesitaba de una armada respetable. Lo uno y lo otro ofrecía dificultades de mucha consideración.

En esta perplejidad, tomó una determinación que nadie podía ni aguardar ni imaginar; la de pasar por Francia, que era el camino mas corto, bien que para ello tuviera que pedir su beneplácito al monarca francés. En vano el consejo entero desaprobó semejante resolución, y en vano le expuso lo arriesgado que era entregarse así en manos de su antiguo enemigo. Carlos, contra el dictámen de todos, insistió en su proyecto y pidió permiso, que Francisco le otorgó sin vacilar. Ambos monarcas aparecían generosos, el uno en ponerse en manos de su rival, el otro en recibirle como un amigo en su reino, ofreciéndole todo género de seguridades. Mas bajo esta apariencia de mutua caballeridad y confianza, proponíanse sin duda ambos un fin interesado. Entretenido como tenía el emperador al rey con la promesa de dar el ducado de Milan, ya al uno, ya al otro de sus hijos, Carlos calculaba que Francisco había de ser galante con él, esperando obtener por este medio una cesión definitiva, y Francisco se proponía comprometer y obligar á Carlos, á fuerza de generosidad, á que no pudiera negarle nada. Veremos quién de los dos procedió con mas doblez, y quién fué el engañado.

Partió, pues, el emperador de Madrid (noviembre, 1539), con corto, aunque lucido acompañamiento. Al llegar á la frontera de Francia, encontró ya á los dos hijos del rey, el delfín y el duque de Orleans, que ambos se ofrecieron á venir á estar en España como en rehenes hasta el regreso de S. M. Cesárea. Carlos les contestó, que él no necesitaba ni quería mas seguro que la fe y palabra real, y prosiguiendo adelante, halló en Castelherault al mismo Francisco I, que no obstante el mal estado de su salud, se había adelantado á recibirle. En su entrevista se hicieron las demostraciones mas expresivas de amistad y mutua confianza. De allí marcharon juntos por Amboise, Orleans y Fontainebleau á Paris. En todo el tránsito fué el emperador objeto de alegres festejos; los gobernadores salían á entregarle las llaves de las ciudades, abríanse en obsequio suyo las prisiones, y se le tributaban los mismos honores que si fuese su propio monarca. Sin embargo, en algunos puntos parece que le ocurrieron escenas que le pusieron un tanto receloso, porque sospechaba no faltar quien abrigara intenciones malévolas hácia su persona, si bien tales conatos, ó fueron castigados, ó se frustraron por los buenos oficios del condestable Montmorency y de la duquesa de Etampes, señora muy discreta, de gran valimiento para con el rey, y de quien gustaba mucho el emperador (2).

Gran sensación y novedad causó en la capital de Francia ver juntos, y al parecer, en la union mas íntima, á los dos soberanos que se habían hecho la guerra por espacio de veinte años, y por cuyas rivalidades tanta sangre se había vertido en Europa. Las fiestas con que en Paris fué agasajado el emperador fueron tan suntuosas y brillantes, que al decir de todos, excedieron á las que se habían hecho por la coronación del mismo rey Francisco. A media legua de la ciudad salió á recibirlos procesionalmente el clero, tan numeroso, que, según un historiador, «de solo frailes se contaban seiscientos franciscanos, cuatrocientos dominicos, trescientos agustinos, y así de

(2) Cuenta Sandoval que en el castillo de Amboise, donde durmieron los dos soberanos, un criado, ó por descuido ó con malicia, prendió fuego con una bujía á uno de los tapices del aposento del emperador, y que comunicándose á las demás colgaduras produjo tal humo, que estuvo en peligro la vida de Carlos: que habiéndose hecho pesquisas, el rey Francisco mandó ahorear á los culpados, pero que á ruego ó intercesión de Carlos se les otorgó indulto.

Refiere también que una tarde, estando el emperador en entretenida y agradable plática con la duquesa de Etampes, se le cayó á aquel un precioso anillo que solía llevar, y con el cual jugaba distraído; que habiéndose bajado la duquesa á recogerle y queriéndosele entregar con mucha cortesía, le dijo el emperador: «Ese es vuestro, señora, porque es costumbre de los reyes y emperadores, que lo que una vez se les cae de las manos, no vuelva á ellas.» Y como la duquesa replicase no merecer tan preciosa joya, el César le rogó la guardase como una memoria de aquella jornada y de lo que habían hablado en Orleans.—Historia de Carlos V, libro XXIV, número 17.

otras religiones.» Iban doscientos arcabuceros á caballo, trescientos arqueros y doscientos ballesteros vestidos de librea recamada de plata; todos los oficiales comunes con trajes de escarlata; veinticuatro regidores, de morado, con forros de varias pieles; cien mancebos de la nobleza, de terciopelo con guarniciones de oro; doscientos cincuenta oficiales de la corte á caballo, con ropas talares; el preboste de Paris con los abogados y procuradores; el parlamento con doce vireyes, en mulas y con vestidos de grana; los tribunales con sus presidentes; el consejo real y el gran canciller de Francia; doscientos gentiles-hombres con la guardia ordinaria de suizos; el duque de Alba, Saint-Paul y Granvela; los cardenales Tournon y Borbon; cerca de ellos, el emperador en medio de los dos hijos del rey, y detrás seis cardenales, con los duques de Vendome y de Lorena, y otros grandes señores. Pasó la procesion por vistosos arcos triunfales, y el emperador era llevado debajo de un palio de brocado, y todo esto en medio de una población de seiscientas mil almas puestas en movimiento.

Á vista de este espectáculo, y de los multiplicados festejos de que fué objeto el César en los siete dias que permaneció en Paris (enero, 1540), concebíanse las mas halagüeñas esperanzas de una verdadera y perpetua concordia entre los dos émulos, que asegurara la quietud y el sosiego de las naciones. Suponian los franceses que dejaría Carlos hecha la prometida cesión del ducado de Milan, siquiera en agradecimiento de la espléndida y generosa acogida que Francisco le había dispensado. Nada, sin embargo, habló el emperador del asunto de Milan; y cuando el condestable Montmorency, que le llevó al palacio de recreo de Chantilly, le tocó este punto, eludióle Carlos so pretexto de que no era aquella ocasión ni lugar, y de que deseaba se hallase presente su hermano don Fernando. Como quien no tenía limpia su conciencia, así le punzaba al emperador el deseo de salir de Francia y de verse libre del poder de su rival. Determinó, pues, seguir su viaje á Flandes; acompañóle el rey con inaudita confianza hasta San Quintin, y sus hijos hasta Valenciennes (21 de enero), donde se despidieron despues de haber recibido obsequios y regalos de la reina María, gobernadora de Flandes, que esperaba allí á su hermano el emperador con un cuerpo de caballería flamenca.

Los desgraciados ganteses, viéndose sin apoyo, amenazados tan de cerca por su soberano, y por un ejército de doce mil alemanes que el rey don Fernando llevaba al propio tiempo sobre ellos, acordaron amedrentados enviarle una diputación ofreciéndole la entrega de la ciudad é implorando su clemencia. Carlos contestó que se presentaría como soberano á sus súbditos, con el cetro en una mano y la espada en la otra. Mas no quiso entrar en la ciudad hasta el 24 de febrero, aniversario de su nacimiento (1). Parecía que en conmemoración á dia tan solemne, y en consideración á ser la ciudad que le había visto venir al mundo y necerse en la cuna, debería esperarse que la tratara con indulgencia. Léjos estuvo por cierto de ser así. Apoderado de todos los fuertes, torres y muros, desarmado el pueblo, formado y fallado el proceso sobre la rebelión, anuló la antigua forma de gobierno, todos los privilegios é inmunidades de la ciudad fueron abolidos, privados de oficio los magistrados y regidores, prohibidas sus juntas y cofradías, confiscadas sus rentas, veintiseis principales ciudadanos fueron ajusticiados con unas túnicas de lienzo que los cubrían hasta los pies, y desnudos interiormente, condenados otros á echarse á los pies del emperador con los pies desnudos y unas sogas al cuello, y otros desterrados despues de secuestradas sus haciendas. Se les impuso un contribucion anual para mantener la guarnicion, y se construyó á su costa una ciudadela para tenerlos en adelante sujetos y comprimidos (abril y mayo, 1540). Procedió pues Carlos V con sus compatriotas de Gante con la misma ó mayor crueldad que veinte años antes había empleado con sus súbditos de Castilla, y las libertades del pueblo flamenco tuvieron tanto ó mas desastroso fin que las del pueblo castellano (2).

(1) Carta del emperador al cardenal arzobispo de Toledo, escrita en el mismo dia de su entrada.—De Gante, 14 de febrero, 1540.—Archivo de Simancas, Estado, Legajo número 50.—Creemos que el primer guarismo de la fecha está equivocado en esta copia, y que ha de ser 24, y no 14.

(2) Hardi, Anales de Brabante, tom. I.—Le Grand, Costumbres y le-

Restablecida su autoridad en los Países Bajos, y como se hallasen en Gante el cardenal de Lorena y el condestable Montmorency con el objeto de instar al emperador á nombre del rey de Francia á que resolviese definitivamente en lo de Milan, Carlos sintiéndose ya fuerte, arrojó la máscara con que hasta entonces se había cubierto para con el rey Francisco, y respondió á sus embajadores que daría la mayor de sus dos hijas al duque de Orleans, y con ella en dote los Estados de Flandes con nombre y título de rey, lo cual podría venir bien al monarca francés, pero que con respecto á Milan estaba decidido á no darle á nadie, puesto que le poseía como cosa propia del imperio y por buena y legitima sucesión. «Esto es, añadió, lo que tengo que decir; y si esto no os contenta, no hay para qué se trate mas de este negocio (3).»

Compréndese cuál sería el disgusto de los embajadores franceses al oír esta respuesta, y cuál el enojo del rey Francisco cuando le fué comunicada. Sentialo, mas que por la cuestión de interés, por verse de aquella manera burlado, y por lo que lastimaba su amor propio el concepto que toda Europa formaría de su ciega confianza y del cándido afán con que se había esmerado en agasajar á su enemigo cuando le había tenido en su poder. Y así era la verdad, que tanto como se afeaba la doblez de Carlos y su hipócrita conducta con su generoso rival, tanto se vituperaba la necia credulidad de Francisco; bien que pareciese como una merecida expiación de las muchas veces que él había quebrantado los mas formales pactos y las mas solemnes palabras empeñadas con el emperador, recordándose su proceder despues de los tratados de Madrid y de Cambray. Todo el mundo veía como inevitable y consideraba inminente otro rompimiento entre los dos soberanos, tal vez mas serio y costoso que los anteriores; mucho mas, cuando se vió que en la cuestión de Venecia y Turquía andaban también desacordes el francés y el español, aunque habían aparentado querer marchar acordes y enviar una embajada en el mismo sentido.

Permaneció el emperador algunos meses en Gante afirmando su autoridad, asentando el gobierno de aquel señorío, y visitando al mismo efecto las islas de Holanda y Zelanda. Molestábanle allí con frecuentes demandas, y aun atrevidas exigencias los protestantes alemanes. Carlos se negó á darles audiencia, enviándoles á decir que ni los amenazaba con la guerra, ni les aseguraba la paz, y por último, que acudiesen á Worms, donde pensaba tener Dieta, y allí verían lo que debían hacer y observar.

Condúcenos esto naturalmente á examinar el estado en que se hallaba á este tiempo la gran cuestión de la reforma religiosa.

CAPÍTULO XXIII

Progresos de la reforma.—Institucion de los jesuitas

DE 1534 Á 1541

Sectas religiosas.—Los anabaptistas.—El panadero de Harlem y el sastre de Leyden.—Sus desvarios y excesos.—Coronación del sastre Juan de Leyden en Munster.—Trágico fin de su ridiculo reinado.—Disgusto que estas sectas producian á Lutero.—Causas del progreso de la doctrina reformista.—Disidencias acerca del lugar del concilio.—El papa, Carlos V, los protestantes.—Refuerzo que recibieron los luteranos.—Fundación de la Compañía de Jesus.—Ignacio de Loyola.—Su patria, su carrera militar y literaria.—Su pensamiento de fundar una sociedad religiosa.—Sus primeros adeptos.—Sus viajes á la Tierra Santa y á Roma.—Bula del papa Paulo III para la institucion de los jesuitas.—Organización de la Compañía.—Sus propósitos y fines.—Influencia que estaba llamada á ejercer.—Estado de la cuestión religiosa en este tiempo.—Conferencias de Ratisbona.—Decision de la Dieta.—Lentitud y condescendencia de Carlos V con los protestantes.—Sus causas.—Revolucion en Hungría.—El sultán.—Viaje del emperador á Roma, y su conferencia con el papa.—Prepárase Carlos V para otra nueva empresa.

Sustituido por la doctrina de Lutero el espíritu de examen á las creencias, y sometido el dogma y la autoridad á la ra-

yes del condado de Flandes, tomo I.—Sandoval, Historia de Carlos V, libro XXIV, números 17 á 20.—Robertson, Reinado de Carlos V, lib. VI.—Papeles de Estado del cardenal Granvela, tomo II.

(3) Du Bellay, Memoir., pág. 365.—Sandoval, lib. XXIV, núm. 21.